

[Artículo anterior](#)[Artículo siguiente](#)

Rango del artículo | 6 ene 2013 | La Vanguardia | Florentino Rodao

# Pecado franquista en Nankín

## La diplomacia insurgente española se empeñó a fondo en 1937 para lograr el reconocimiento de Japón

*Los franquistas vieron un enemigo común con Japón y quisieron aprovecharlo Tokio sugirió aceptar a Franco a cambio del reconocimiento del Manchukuo*

*Los militares japoneses sentían que habían doblegado al mundo al fundarlo El apoyo italiano arrastró a Hitler, que también se decantó por el país nipón*

LF. RODAO, a guerra sinojaponesa, que estalló en julio de 1937, no fue un hecho aislado. La guerra civil española había empezado apenas un año antes y el manido esquema antifascismo-anticomunismo que promovió fue también usado para interpretar la invasión japonesa de China. Desde que en 1931 estalló el incidente de Manchuria, Tokio estaba realizando, en realidad, una expansión imperial algo tardía, pero el conflicto español ya le había servido para proveer esa interpretación y en noviembre de 1936 su primer ministro, Koki Hirota, había firmado el pacto Anti-Comintern con la Alemania de Hitler para evitar la presunta expansión del comunismo internacional culpándolo entre otros males, por supuesto, del estallido del conflicto español.



CARLOS BARRIA / REUTERS

**La negación. Esqueletos de víctimas de Nankín en el museo que China les ha dedicado. La cifra de víctimas varía según las fuentes; Japón llega a negar que hubiera una masacre**

La firma de un pacto de No Agresión entre China y la Unión Soviética al mes siguiente del estallido de la guerra, además, confirmaba la existencia de un enemigo común con los japoneses y los franquistas quisieron aprovecharlo. Así, cuando el Ministerio de Exteriores del nuevo gobierno japonés dirigido por Fumimaro Konoe propuso reconocer los derechos de beligerancia a los franquistas, a estos les pareció poco.

Salamanca, la capital rebelde donde funcionaba el gabinete diplomático franquista, dio órdenes diferentes a su representante allí, Francisco José del Castillo: conseguir el reconocimiento diplomático. Este atrevimiento le pilló con el paso cambiado a Hirota, el ex primer ministro que ahora ocupaba la cartera de Exteriores, promotor inicialmente de la expansión nipona en China pero temeroso también del creciente

poder de los militares, que con sus victorias en los frentes de batalla estaban desbocados y despreciaban cada vez más el papel de la diplomacia. Así, durante varios meses, Hirota fue presentando diversas excusas para evitar reconocer diplomáticamente a los franquistas (informes jurídicos que negaban tal posibilidad en tanto no se ocupara el territorio completo, posibles ataques a barcos japoneses por el Mediterráneo, etcétera) mientras los favorables al reconocimiento franquista las iban sorteando, hasta el punto de que incluso el Consejo de Ministros lo aprobó en principio, es decir, sin concretar el cómo y el cuándo. Este tema tan secundario se convirtió, de hecho, en una de las piedras angulares de las discusiones entre militaristas y la generación de jóvenes funcionarios expansionistas frente a quienes pensaban a más largo plazo y temían las consecuencias ulteriores de las conquistas militares, especialmente en el Ministerio de Exteriores y en el entorno del emperador Hirohito, como el propio Castillo señaló.

El 5 de noviembre, durante la celebración por la adhesión de la Italia fascista al pacto Anti-Comintern, el ministro Hirota desveló una nueva traba para el reconocimiento de Franco. Sugirió a los embajadores del Eje que Japón podría reconocer diplomáticamente a Franco a cambio del reconocimiento del Manchukúo, el estado artificial creado en 1932 en una parte de los territorios conquistados, con el antiguo emperador Pu-Yi como Jefe de Estado. Era un salto cualitativo, no sólo porque Hirota buscaba una compensación, sino porque sacó a colación la principal frustración diplomática nipona de la década. La invasión de Manchuria había provocado su salida de los órganos centrales de la Sociedad de Naciones y el Manchukúo apenas había sido reconocido por El Salvador y el Vaticano (indirectamente), además de por ellos mismos. El posible reconocimiento franquista, además, suponía un regusto adicional para los nipones, porque España había sido la más acérrima defensora de los derechos chinos en la Sociedad de Naciones, hasta el punto de que Salvador de Madariaga, su representante, se había ganado el apodo de Don Quijote de la Manchuria. No parece que Hirota contara con la disposición franquista a reconocer el Manchukúo, pero la sorpresa llegó a los tres días, cuando Castillo, al recibir oficialmente esa propuesta de *quid pro quo*, informó de la disposición favorable de Salamanca y presentó un *aide-memoire* o recordatorio oficial que le autorizaba a negociar el acuerdo.

Los perplejos nipones sólo supieron pedir en el momento la confirmación oficial de su estatus por medio de un país reconocido (Italia), y dos días después Hirota propuso que el anuncio del reconocimiento se hiciera en Berlín, alegando que allí había un representante franquista oficial. La apuesta franquista sobrepasaba de nuevo el ámbito bilateral y comprometía a nuevos actores, Alemania e Italia. Además, era un asunto espinoso porque Roma y Berlín eran los dos regímenes más perjudicados por la guerra sinojaponesa, ya que tenían excelentes relaciones con los dos. Los nacionalistas chinos de Jiang Jieshi simpatizaban con los totalitarismos europeos y no sólo había tendencias que admiraban abiertamente sus logros sino que Alemania e Italia eran sus principales apoyos en el ámbito militar, tanto como suministradores de armamento como de asesores militares. Sus dificultades para definir claramente su postura eran conocidas, en especial para Alemania, que esos meses vivía también las disputas más aceradas entre la diplomacia profesional y la nazi, dirigida por Joachim von Ribbentrop, y Hirota consiguió paralizar por unas semanas a los impulsivos españoles.

Italia lo desbloqueó. Su diplomacia consiguió la enésima frustración de la Sociedad de Naciones, al hacer fracasar la Conferencia de Bruselas (o Conferencia de las Nueve Potencias), convocada en busca de una solución conjunta a la invasión de China. Tanto Tokio como Berlín habían rehusado participar, pero la diplomacia italiana supo embrollar las dis-

cusiones como para evitar compromisos firmes y para que la prensa acusara a otros del fracaso. Los halagos nipones hicieron que los capitostes fascistas vivieran quimeras fantasiosas, como las que aparecen en el famoso diario del conde Galeazzo Ciano, el ministro de Exteriores de Mussolini, ufanándose de la "política realista" del Duce y este emborrachamiento les llevó a decidir reconocer el Manchukúo, apostando definitivamente por el triunfo japonés aunque fuera sin la compañía alemana y ayudando, de paso, a los franquistas. La decisión repentina italiana hizo retrasar el reconocimiento franquista, que pensaban oficializar el 25 de noviembre (coincidiendo con el aniversario del Anti-Comintern), pero condujo a una retahíla de reconocimientos diplomáticos que empezó el día 29 con el del Manchukúo por los italianos, siguió el 1 de diciembre con el franquista por los japoneses y acabó con el reconocimiento mutuo entre españoles franquistas y manchúes, el día 2. Hirota, de hecho, hizo una última triquiñuela al referirse en su discurso simplemente a la lucha común contra el comunismo, a la colaboración con Alemania e Italia y a la antigua amistad hispano-japonesa. Ante ello, Castillo rehusó firmar el texto del ministro, y en su lugar leyó una declaración adicional a la prensa asegurando expresamente que el gobierno de Franco era "el único y legítimo gobierno de España". Además, para dejar explícita la postura de Tokio, el reconocimiento mutuo del Manchukúo y los franquistas se llevó a cabo en un edificio japonés, dejando en evidencia su dependencia de Tokio. Japón se había decantado completamente a favor de los franquistas.

Las consecuencias desencadenadas por el deseo franquista de obtener el reconocimiento japonés son difíciles de obviar. El apoyo italiano acabó arrastrando a Hitler, que pronto se decantó también por Japón, aunque esperó a retirar a los consejeros militares y a cancelar los envíos de armamento antes de reconocer al Manchukúo, en mayo de 1938. Pero ese reconocimiento por una gran potencia, como era entonces la Italia de Mussolini, también embriagó de exaltación a los militaristas japoneses, que sentían haber doblegado al mundo con su creación más querida: "Manchukúo. El sol de una nueva nación", tal como proclamaban los carteles propagandísticos de ese estado marioneta imaginado como un segundo Japón.



En Tokio, quienes temían recoger tempestades de los vientos favorables de esos momentos quedaron más marginados aún y la voz cantante la llevaban los más radicales que, en lugar de aprovechar las victorias, pensaron que China estaba en descomposición y podría desaparecer. En consecuencia, negaron las sugerencias chinas de aceptar las condiciones niponas de paz proclamadas apenas unas semanas antes y Tokio ordenó esperar. Además, Tokio dio la orden de atacar Nankín, en donde se buscó que desapareciera definitivamente el ejército nacionalista, matando incluso a los soldados que tras la derrota se habían quitado el uniforme y buscaban simplemente regresar a sus casas. La orden de atacar la capital de los nacionalistas chinos, por cierto, se dio el 1 de diciembre de 1937: la copa de los sudeuropeos embriagó a los militaristas nipones.

Impreso y distribuido por NewspaperDirect | [www.newspaperdirect.com](http://www.newspaperdirect.com), US/Can: 1.877.980.4040, Intern: 800.6364.6364 | Derechos de reproducción y protegido por la ley.

[Artículo anterior](#)

[Artículo siguiente](#)